



Más allá del algoritmo

● La inteligencia artificial ya no es una promesa a futuro ni un concepto reservado a laboratorios tecnológicos. Hoy interviene, de manera silenciosa pero concreta, en decisiones que impactan directamente a personas reales y en el desempeño de las industrias. La aprobación o rechazo de una transferencia, la llegada puntual de un pedido de concreto, la definición óptima de turnos en una operación, la mejor ruta logística en la industria automotriz o la ubicación estratégica de un contenedor en un terminal. En cada uno de estos escenarios, los algoritmos ya están participando activamente en la toma de decisiones.

Tal avance plantea un dilema que empieza a ocupar un lugar central en la conversación pública. ¿Qué sucede cuando una decisión automatizada afecta a alguien y nadie puede explicar con claridad por qué ocurrió? Se trata de una pregunta interesante que revela que, en el último tiempo, distintos casos alrededor del mundo han puesto en evidencia sesgos, errores y resultados difíciles de justificar, incluso para las propias organizaciones que implementan dichos sistemas.

La respuesta no se ha hecho esperar. Reguladores, organismos internacionales y expertos han acelerado debates y el diseño de marcos normativos para establecer límites claros, especialmente en sectores sensibles co-

mo el empleo, los servicios financieros o el acceso a derechos básicos. Porque la discusión ya no se centra únicamente en la eficiencia de la tecnología, sino en su impacto social y en las consecuencias que puede tener para las personas.

Y es que hablar de inteligencia artificial responsable no es un ejercicio teórico, sino decisiones concretas sobre qué datos se usan, cómo se entrenan los modelos, qué supervisión humana existe y qué pasa cuando algo falla. Automatizar entonces no puede ser sinónimo de desentenderse, porque si una decisión afecta a un empleado o a un cliente, debe existir la posibilidad real de entenderla, revisarla y corregirla. Ahí, la transparencia y la rendición de cuentas dejan de ser tecnicismos y se transforman en la base de la confianza.

Así las cosas, la inteligencia artificial va a seguir avanzando, porque su valor ya es evidente. Pero si empieza a incidir en decisiones que afectan la vida de las personas, la responsabilidad no puede sumarse al final como un ajuste técnico, debe estar desde el origen. Ese es el verdadero desafío: no sólo desarrollar sistemas más capaces, sino construir una tecnología que sea justa, comprensible y que nunca pierda de vista que la última determinación sigue siendo humana.

Federico dos Reis